

El poema en prosa se abrió bello lugar en nuestra literatura, desde que Gabriela Mistral, junto a su verso, alzó la llamada de su prosa. Los motivos del barro, desde su libro **Desolación**, mostraron cómo la poesía podía resplandecer sin versificarse. Y en otra prosa alada, Pedro Prado con sus **Pájaros errantes**, más aéreos que sus sonetos, a veces pedregosos. Y Augusto D'Halmar, con su lenguaje evanescente, poeta en prosa como María Luisa Bombal y como Eduardo Barrios cuando escribe **El niño que enloqueció de amor**.

Ahora es Efraín Barquero (Editorial Andrés Bello, 1992) el que sale a la luz con la fábula **El viejo y el niño**. Un libro que es por cierto, un poema en prosa, en todas sus partes. El título pudo ser más hermoso, como lo solucionó Antoine de Saint Exupery con **El Principito**, cuya reminiscencia brota a ratos. "Ah, mi pequeño Príncipe Justiciero..." (página 29). Aunque no es allí donde brota más precisamente, es decir, más vigorosamente, en cuanto a la magia.

La poesía, esa que corre como un hilo

Comentario literario: El viejo y el niño

Por SARA VIAL.

de agua, circula entre ellos con su brisa fresca. Esa brisa nos roza y nos persuade: se es poeta cuanto menos se advierte, cuando la técnica se evapora en el fluido del alma.

El poeta Barquero, que en su segundo libro, de vuelta de la China, hace muchos años, nos dejó ausentes con un lenguaje de improviso intelectualizado y drástico, desusadamente seco en él, ahora nos transporta de regreso a la claridad inicial de su palabra, esa claridad, que cuando es poética, resulta de igual modo misteriosa. ¡Llegar a lo hondo con la palabra que parece a flor de labios!

"El viejo pasea con el niño y es como si



uno condujera al otro, como si uno abriera sus ojos y el otro los cerrara".

Desde el comienzo el texto traza su ley y la sostiene hasta el final, si bien nos parece que el libro no termina necesariamente, no completa su caudal al cerrarse.

¿O, por ser tan poroso, simula estar dispuesto a continuar? ¿Cabe tanta fantasía entre un viejo y un niño, tocados por la vara del poeta!

Son, para el mundo de afuera, un abuelo y su nieto, pero el mundo de adentro que ellos comparten, deslizándose como si no tocaran el suelo, como si sólo ellos estuvieran en el mundo, es el

que se nos hace habitar en la belleza de la poesía, como si a ratos los rondara algo del aura de **Platero y yo**; alguna mariposa impalpable escapada de Moguer, el pueblo del poeta de Andalucía.

La obra se entrelaza mediante breves capítulos que suman cuarenta y uno en total y que responden mejor a la estructura de **Platero** que la del **Principito**. Sólo que ellos se mueven por un país sin nombre, disociados de referencias anecdóticas, como si las cosas los rodearan sin interrumpir su diálogo, sin mayor visibilidad que la del pájaro, el árbol o el mar, pero mirados desde el fondo de un niño y un viejo, es decir, de dos niños, los únicos expertos en adivinar las cosas visibles o invisibles.

Un libro para el silencio del corazón, sea el de un adulto, un joven, un infante. Un pequeño libro que parece el canto de una alondra, perdido en el ruido de la ciudad.

"¿Cómo se aman las nubes?"

"Con nuestra mano más pura y desnuda: la mirada".